

Muchos casos de lesbianismo se pueden prevenir

Por: [Fr. Nelson Medina, O.P.](#)

1. En una sociedad de la soledad se multiplican los experimentos afectivos

Hace poco cumplí 16 años de ordenación sacerdotal. En estos casi 6000 días, el Señor me ha permitido recorrer realidades tan distintas como Paraguay y Canadá, Guatemala y Alemania, Irlanda y Ecuador. En la mayor parte de los sitios ha donde he ido, usualmente en misión, he celebrado la eucaristía y he escuchado personas en confesión. **No digo que sea un experto**; digo que mis palabras no van a ser especulación y que se refieren a una realidad que seguramente es más amplia que la que suele tener un sacerdote en circunstancias diferentes a las mías.

Voy a hablar sobre lesbianismo y su relación con el recurso mental llamado "idealización." Y bien me sé yo lo que va a suceder en la zona de los comentarios. Ya me parece estar leyendo: "Ah, pues yo conozco una niña, que ya desde bebida (o desde feto) mostraba total y absoluta inclinación a las mujeres..." **Otro querrá que aquí se discuta el celibato** y empezará a psicoanalizarme. Otro aludirá a la violencia doméstica...

Es el problema de de la teología moral: si no tocas temas de moral estás siendo irresponsable con el Evangelio, que sin duda afecta la realidad humana entera; si los tocas, entonces **resulta que cada persona tiene anécdotas opuestas a lo que intentas decir**. Esto ha sido así incluso en casos tan flagrantes como el aborto. En la historia ignominiosa de la despenalización del aborto siempre se apeló al caso de "la niña violada." Luego resultaron millones de niñas abortadas (y niños, claro está), hijas de madres que nunca fueron violadas... Pero estoy divagando.

Entre otras constataciones, es claro que la homosexualidad, tanto masculina como femenina, está y estará en las noticias por mucho tiempo. Las razones son varias. Desde el punto de vista económico nada parece más deleitable al mercado que gente adulta, con un nivel de ingreso alto y un tremendo deseo de gastar y disfrutar. Mientras que la previsión y el ahorro son norma allí donde ahí niños, la tiranía del "hoy" y **la mentalidad del "Carpe Diem"** rigen al adulto bohemio que quisiera prolongar sin término su juventud y su capacidad de goce.

El mensaje hedonista cae en terreno abonado cuando llega a los televisores de la familia moderna, o mejor dicho, lo que queda de ella. **La soledad asfixia la existencia de muchas personas** que se sienten irrelevantes para sus parientes

inmediatos, y estorbosos para un mundo que sólo les pide que gasten mucho y paguen sus impuestos. Antes se decía que la ociosidad es madre de todos los vicios; hoy ese puesto lo reclama con buenos títulos también esa soledad helada en la que un abrazo y la acogida de alguien parecen la entrada al paraíso. En el invierno afectivo permanente de las ciudades-monstruo (que son casi todas las que van arriba de unas cuantas decenas de miles de habitantes), verse en la situación de no "tener a alguien" es la antesala de la desesperación. Por eso quienes "tienen a alguien" se aferran a él o a ella como a un clavo caliente. El erotismo reconcentrado, el interminable acariciarse, el besuqueo profuso y público hablan bien de todos los abrazos que los papás negaron, y de todas las tardes en que los chicos no tenían más que sus celulares de última generación y algún juego electrónico.

En ese contexto de desierto de amor, de compañía, de cariño, de sonrisa, de acogida, pocas palabras pueden describir el grado de apego que una persona desarrolla hacia su pareja. Y si lo primero que aparece es del mismo sexo, pues... así será. Resulta menos engorroso definirse de una buena vez como homosexual o bisexual que entrar a destapar un pasado lleno de carencias, preguntas sin respuesta, vacíos plagados de llanto, odios sordos. **La estructura afectiva de heterosexuales y homosexuales no es muy distinta cuando ambos vienen de esa clase de desierto**, y por eso también hay una conjura de complicidad que en el fondo es un pacto de empatía. También el hombre que prefiere a las mujeres sabe lo que se siente "no tener a alguien" y su juicio moral tiene una mezcla de empatía y complicidad hacia aquellos que encontraron su "alguien" en uno de su mismo sexo.

2. El rol paterno es crítico

El amor de un papá es una de esas maravillas que está por convertirse en "especie en vía de extinción." Los que critican el patriarcalismo y el machismo (que no son inventos, porque sí que se dan) corren el riesgo de engañarse o de engañar a otros **haciendo creer que el amor masculino es siempre dominación, egoísmo, uso del otro**. Precisamente lo hermoso de un papá, de un verdadero papá, es que ama sin aplastar y ama sin utilizar.

En su brillante opúsculo *Contra Errores Graecorum*, Santo Tomás de Aquino se refiere al sentido de la palabra Padre. La clave está en la participación de una misma naturaleza: lo engendrado participa de la misma naturaleza y dignidad del que lo engendra. Al mismo tiempo, entre un padre y su hijo hay una distancia o discontinuidad que viene dada por el hecho de que **el hijo no crece dentro del padre sino dentro de la madre**. Aristóteles decía que las mamás quieren más a los hijos porque los han sentido como partes de sí mismas: una experiencia que la biología, en el ámbito de lo natural, no permite a los varones.

El amor paterno es entonces amor en una misma naturaleza pero con una discontinuidad ontológica. En el caso de la Trinidad esa discontinuidad es precisamente la Relación que hace que el Padre sea Padre y el Hijo, Hijo. En todos los demás casos, tal discontinuidad hace que el hijo (o hija) tenga que descubrir su propio ser y que no pueda tomar el amor del papá como único conducto para apoyarse en él. Además del amor del papá **necesita de actos externos y palabras pronunciadas** que le reaseguren lo que la discontinuidad óntica pone en entredicho. Esto precisamente hace irremplazable a la figura paterna; no necesariamente al papá (biológico) pero sí a la figura paterna: la constitución de un yo que se siente amado-pero-distinto requiere de la dialéctica de un papá que ama pero que no ha gestado.

En este orden de ideas uno puede presentir lo que implica la falta del papá, no solo ni principalmente la falta física, sino sobre todo esa falta, ese hueco psicológico y emocional que se produce ante el fenómeno del papá "ausentista," fugitivo, irrelevante, despreciable o agresivo. En todos estos casos severos, tanto los hijos como las hijas sufren. Una de las posibilidades de **intento de mitigación de ese sufrimiento** es el desarrollo de una personalidad homosexual. La cosa he visto que sucede en algunos hombres y en algunas mujeres, y en este caso quiero referirme a las mujeres.

Un buen papá sabe amar sin desear. Ello produce en la hija una sensación que es maravillosa y que da un piso de firmeza notable: "Hay alguien que me ama y no me desea." No es el que deseo (sexual) sea en sí mismo malo, sino que **por su misma naturaleza reclama reciprocidad**. El amor sin deseo, en cambio, es clave en los años en que la niña está formando su idea del mundo, de las relaciones entre las personas, de su propio valor como mujer. En esos años de primera adolescencia el amor sin deseo es amor de gratuidad, por así decirlo, porque es un soporte que no requiere el esfuerzo de complacer el apetito de otro. Los millones de mujeres que han tenido esa experiencia deliciosa pueden testificar lo que eso significa, a saber, es la sensación de: "Soy valiosa; merezco ser amada; no tengo que comprar que me quieran."

Una de las importantes consecuencias de este análisis es que nos hagamos todos conscientes de la terrible injusticia que se comete cuando el trato que se da a la persona homosexual queda basado en el desprecio. A lo largo de mis años de sacerdocio he encontrado un número considerable de lesbianas y lo primero que han expresado es una sensación de temor o resentimiento hacia la sociedad y la Iglesia. Sin entrar en largos juicios, mi opinión es esta: si uno conoce más sobre los orígenes del lesbianismo, y en particular, de la influencia que tiene esta cuestión paterna, puede realmente ayudar mucho a que la persona se salga del rótulo "lesbiana/bisexual" que **se ha puesto en horas de angustia**, no para que se odie sino para que vea lo que su propia historia tiene escondido debajo de ese rótulo.

Hablando con una lesbiana no hace mucho le hice este planteamiento que a ella le pareció justo. No digo que sea el caso de todas y cada una de estas personas, pero es un caso que vale, como vale cada persona humana. Yo le decía:

La agresividad de tu padre hizo que se rompiera en ti la posibilidad de asociar amor, alegría y fuerza. La fuerza quedó asociada con **la violencia del macho, que se aprovecha de la hembra débil**. Buscaste entonces un espacio diferente, el del cariño femenino, donde pudieras cultivar una relación vigorosa (ultra-posesiva, además) con alguien que te devolviera la alegría y el amor que tu infancia te negó." Esta amiga me decía que eso corresponde exactamente a su caso.

Es muy importante evitar generalizaciones, pero sobre todo es muy importante descubrir que cuando una persona dice: **"Es que yo soy así,"** simplemente está asustada; teme que su mundo interior, ya tantas veces lastimado, vaya a ser profanado una vez más.

3. La tentación de "dejar en paz"

Siglos enteros de clara discriminación y agresividad contra la población homosexual hacen que una proporción notable de gente de nuestro tiempo se sienta con **complejo de culpa** a la hora de hablar del asunto. Algunos comentarios recibidos en entregas anteriores sobre este mismo tema así lo reflejan. Van en la línea de : "Oye, ya los hemos maltratado bastante, ya déjalos en paz..."

Dejarlos en paz equivaldría, en la práctica, a garantizar para ellos y ellas una convivencia pacífica y una integración plena dentro del aparato jurídico del Estado, así como en el desarrollo de la vida laboral, familiar, afectiva, etc. En otros términos: este "dejar en paz" no es quedarse tranquilo sino luchar por la extensión de unos mismos derechos civiles, incluyendo por supuesto el reconocimiento del matrimonio gay, su adopción de niños, y todo aquello que, por ejemplo en España, ha sido bandera del Partido Socialista.

Yo creo que **uno no tiene que obrar sobre la base de ningún complejo**, y mucho menos un complejo de culpa. La discriminación hacia los homosexuales en el pasado no la tienen que pagar las generaciones futuras. Corresponde a nosotros mismos exorcizar nuestros propios fantasmas, romper muros de silencio, y acoger estas historias que a menudo tienen tanto dolor. Es cómodo no enterarse del dolor; es cómodo decir a la persona: "De acuerdo, eso es lo que tú eres ahora," sencillamente para no explorar las raíces que llevaron a ese ahora. Incluso si la persona ha hecho costra y no esté interesada en hablar, ello no cambia fundamentalmente las cosas.

Detrás de una "Gay Parade," detrás del "Orgullo Gay," con todo el fasto que se le ponga, hay muchas lágrimas y un espantoso vacío. Yo no veo cómo se puede ser

cristiano y aplaudir la belleza de una costra maquillada que lleva tras de sí heridas que no han empezado a sanar.

A veces me pregunto qué clase de sociedad esperan construir los que propenden por un "dejar en paz." **Yo la llamo la sociedad de las mónadas.** Leibniz habló del universo como mónadas que coexisten e interactúan sin que nunca ninguna cambie a la otra. Este mundo monádico es extraordinariamente útil para un Estado totalitario, porque con ese modelo el único interlocutor y árbitro de los individuos es precisamente el mismo Estado. En esto no cabe ser ingenuos: la exaltación del "individuo" no es amor al individuo sino control sobre los medios alternativos o intermedios de asociación. La extrema Derecha y la extrema Izquierda se abrazan aquí: ambos detestan las voces que puedan interponerse entre el individuo y la consolidación en el poder de los que detentan el poder.

Por eso hay que destruir el hechizo del "Dejar en Paz," y para ello basta con descubrir que intervenir no necesariamente es irrespetar, y conocer no necesariamente es violentar. **Prevenir, en cambio, es uno de los más preciosos actos del amor.**

Si después de años descubro que las vidas de tantas niñas han sido arruinadas por defectos serios en el entorno familiar, y descubro que algunas de ellas desarrollan una tendencia lesbiana a raíz de ese entorno, ¿qué es lo maduro y sensato por hacer, pregunto yo? **¿Qué es lo cristiano y civilizado?** ¿Dejar que eso siga sucediendo? ¿Callarme y ayudar a que la que hoy es niña crezca en su lesbianismo "libremente" adoptado, y entonces ayudarla a que se prepare para la próxima marcha del orgullo de haber "decidido" ser así? ¿Es que de veras esa fue una decisión, o fue más bien coerción lo que hubo en ese caso?

4. Buscando raíces. Y caminos de verdadera paz

Cuando se habla de homosexualismo--lo hemos comprobado una vez más--**las reacciones suelen ser viscerales.** Hubo una época en que la sola mención de la palabra despertaba burlas y amargo desprecio; hoy, por lo menos en Europa, la tendencia es juzgar todo lo que digas con el siguiente rasero: si no afirmas que da exactamente lo mismo la preferencia sexual de la gente eres un retrógrado- machista- patriarcalista- hipócrita- reprimido- homófobo- intolerante.

La defensa de los derechos de los homosexuales tiene ribetes tan emocionales en algunas personas heterosexuales que **uno termina preguntándose si todo ello sucede simplemente por amor a la democracia.** El trato pastoral amistoso y franco con personas homosexuales me ha abierto los ojos a una realidad: muchos afectos y relaciones hombre-mujer tienen una estructura completamente paralela a la de las relaciones homosexuales. No es ilógico suponer que cuando tantos en nuestra sociedad defienden la plenitud de derechos para los gays están quizá

inconscientemente defendiendo algo que también sienten suyo, a saber, su propia manera de relacionarse, buscar afecto y tener gratificación sexual.

En efecto, una vez que el sexo queda desprendido de toda referencia a la fecundidad, es [comparable a un chocolate delicioso](#), un simple entretenimiento, un modo de conocer facetas de las personas, un vehículo para aliviar tensiones, un juguete para adultos. **El modelo mental "sexo = entretenimiento" implica que la pregunta "¿con quién?" carezca en realidad de importancia.** Puede ser en solitario, en trío, en orgía, con máquinas, con animales, con gente del mismo sexo o del otro. Los juguetes son para jugar, ¿no?

Luego está el tema que se resume maravillosamente en la expresión egoísmo a dos. Un tema que va bien con la soledad. **El mundo, sobre todo el mundo urbano, es anónimo.** Es un océano de indiferencia donde me siento hundir. ¿Qué busco? Una isla, una salvación. ¿Dónde la encuentro? En mi pareja. Consecuencia: aferrarse, como garrapata, a la pareja. Succionar su tiempo, su energía, su alegría, su capacidad de dar sonrisa y placer. ¿Y el resto del universo? Que se las apañe como pueda. Yo estoy con mi pareja. Ya encontré a alguien, ya aprendimos a "pasarla bien," ya sabemos qué le gusta al otro. Punto.

Una lesbiana en proceso de conversión a la fe (y no muy convencida de buscar un cambio para su propia tendencia) me decía: "De mí me cansa que soy demasiado yo todo el tiempo." **Le pregunté si alguna vez había intentado regalar de su tiempo,** de sus conocimientos o de sus talentos para otras personas, habiendo tantos solos y pobres en esta tierra. Me confesó que la mayor parte del día piensa solo en si llegará esa mujer especial, o si volverá la pareja que una vez tuvo. Aparte de trabajar y hacer buen dinero, esta dama no tenía más tiempo sino para soñar en su mujer. En la medida en que alguien obra así, poco monta si busca gente de su mismo o del otro sexo.

El rechazo a los hijos, como sistema de vida, tiene un efecto similar. He visto en Estados Unidos esta escena tragicómica: Una reunión de adultos. Son unas doce personas. Todos profesionales de alto rango. Gente con mucho dinero que sin embargo siente que el dinero apenas les alcanza para pagar su altísimo nivel de gasto. Entre ellos hay tres o cuatro parejas heterosexuales, de las cuales una sola tiene un niño; las demás **ya anunciaron que no quieren hijos.** Además, se casaron tarde en la vida, cuando ya las mujeres pasaban los 35 en todo caso. Hay también una pareja homosexual, un par de mujeres. Los ves a todos sentados alrededor de una mesa, y comparten animada charla no apta para menores. ¿Hay un aire de familia, no? ¿Hay un mismo esquema, no?

Lo cierto es que sin hijos en el horizonte los roles domésticos son más o menos intercambiables. ¿Por qué no habrían de serlo los roles sexuales?

Que la conclusión de estos apuntes pastorales y teológicos sobre el lesbianismo y el homosexualismo la diga Perogrullo: una sociedad atrapada en el egoísmo, la trivialización del sexo y un temor patológico a las responsabilidades propias de la fecundidad será una sociedad que hará todo tipo de **experimentos con la intimidad y los afectos** de sus miembros. Un gobierno al que sólo importen los votos sabrá sacar partido de esos experimentos.

La verdad, en cambio, es que hay muchas lesbianas y muchos homosexuales que no tenían que haberlo sido. Los llamados derechos que rabiosamente piden algunos de ellos y que dadivosamente les prometen gobiernos pragmáticos dejan sin tocar la raíz de una historia que por ese camino puede encontrar cierta estabilidad pero no paz. Mis oídos lo saben. **Mis ojos lo han visto en sus ojos.** Me traicionaría a mí, y sobre todo los traicionaría a ellos y a ellas si no escribiera lo que escribo. La base tendrá que ser respeto, caridad, escucha y mucha claridad con todos los que hoy se declaran instalados en esa opción de vida. Ello no destruye sino que afianza nuestra convicción: sólo con un alegre, resuelto y generoso compromiso por la familia cristiana podemos abrir espacios donde la vida y la sexualidad sean dones y no experimentos, ni escapes, ni herramientas de ingeniería social o dominación política.

Dublin, Junio de 2008